

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

En primer lugar quiero dar gracias a Dios por el día que, anteayer, viví en Asís. Pensad que era la primera vez que me acercaba a Asís y fue un gran regalo hacer esta peregrinación justamente en la fiesta de San Francisco. Quisiera agradecer al pueblo de Asís la cálida acogida: ¡muchas gracias!

Hoy, el Evangelio comienza así: "En aquel tiempo los apóstoles dijeron al Señor: "Aumentanos la fe!" (Lc 17,5-s). Me parece que todos nosotros podíamos hacer nuestra esta invocación. También nosotros, como los Apóstoles digamos al Señor Jesús: "Aumentanos la fe!". Sí, Señor, nuestra fe es pequeña, nuestra fe es débil, frágil, pero te la ofrecemos así como es, para que Tú la hagas crecer. ¿Os parece bien repetir todos juntos esto: "¡Señor, aumentanos la fe!"? ¿Lo hacemos? Todos: ¡Señor, aumentanos la fe! ¡Señor, aumentanos la fe! ¡Señor, aumentanos la fe! ¡Hazla crecer en nosotros!.

¿Y el Señor que responde? Responde: "Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate y plántate en el mar", y os obedecería» (v. 6). La semilla de mostaza es pequeñísima, pero Jesús dice que basta tener una fe así, pequeña, pero verdadera, sincera, para hacer cosas humanamente imposibles, impensables. ¡Y es cierto! Todos conocemos a personas sencillas, humildes, pero con una fe fortísima, ¡que realmente mueven montañas! Pensemos, por ejemplo, en algunas madres y padres que afrontan situaciones muy graves; o a ciertos pacientes, también gravísimos, que transmiten serenidad a quien va a visitarlos. Estas personas, justamente por su fe, no se jactan de lo que hacen, antes, como pide Jesús en el Evangelio, dicen: «Somos siervos inútiles. Hicimos lo que debíamos hacer» (Lc17, 10). ¡Muchas personas entre nosotros tienen esta fe fuerte, humilde, y que hace tanto bien!

En este mes de octubre, que se dedica especialmente a las misiones, pensemos en tantos misioneros, hombres y mujeres, que para llevar el evangelio han superado obstáculos de todo tipo, verdaderamente han dado su vida; como dice San Pablo a Timoteo: "Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios"(2 Tm 1,8). Esto, sin embargo, afecta a todos: cada uno de nosotros, en su propia vida cotidiana, puede dar testimonio de Cristo, con la fuerza de Dios, la fuerza de la fe. ¡La pequeñísima fe que nosotros tenemos, pero que es fuerte! ¡Con esta fuerza dar testimonio de Jesucristo, ser cristiano con la vida, con nuestro testimonio.

¿Y cómo obtenemos esta fuerza? La obtenemos de Dios en la oración. La oración es el aliento de la fe: en una relación de confianza, en una relación de amor, no puedes perderte el diálogo y la oración es diálogo del alma con Dios. Octubre, también, es el mes del Rosario, y en este primer domingo tradicionalmente se recita la Súplica a Nuestra Señora de Pompeya, la Bienaventurada Virgen María del Santo Rosario. Nos unimos espiritualmente a este acto de confianza en nuestra Madre, y recibamos de sus manos la corona del Rosario: ¡el Rosario es una escuela de oración, el Rosario es una escuela de fe.